

recortes

Nº 3

*elementos para
la formación y
la discusión*



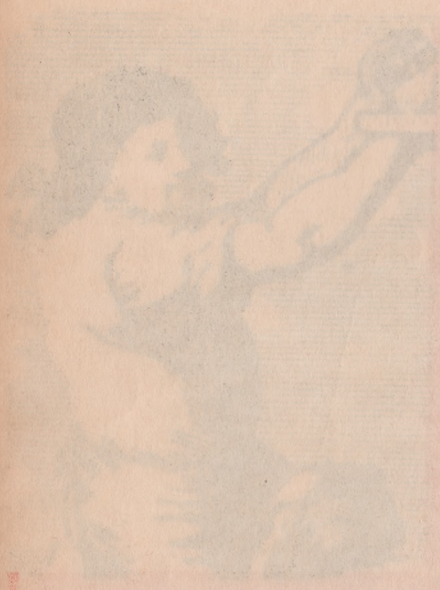
coordinadora
pro

fAu

Records

1910-1911
1911-1912
1912-1913

N-3



Archives

LA ORGANIZACION: HERRAMIENTA DE LUCHA

En el marco general de estos Recortes —básicamente pautado por el rescate crítico de nuestras bases doctrinarias sustanciales en términos de formación y discusión fermental— el tema de la organización revolucionaria no constituye, precisamente, una cuestión menor. De ahí nuestra insistencia en él, en tanto problemática abierta a la reflexión en profundidad y al debate creador.

Quizás, entre los pensadores libertarios, Errico Malatesta haya sido quien mostró una preocupación mayor, entre sus múltiples y variados escritos, por marcar el carácter imprescindible de la organización política específica como instrumento de comprensión e incidencia en los procesos de cambio revolucionario. En Malatesta, la elaboración teórica, la formulación programática y la propia acción adquieren sentido si se integran en un desarrollo simultáneo y coherente, como frutos de la vida organizada del movimiento anarquista. Los escritos de Malatesta que publicamos en este número de Recortes, extractados de materiales de la década del 20, conservan la vitalidad y frescura necesarias para dinamizar nuestra propia reflexión.

A su vez, la discusión en torno al tema de la organización específica no es ni puede transformarse en una elucubración abstracta al margen de la lucha de clases y de sus condiciones históricas concretas. Entonces, repensar nuestras experiencias más próximas y las orientaciones fundamentales que las signaron, es de una singular pertinencia en estos materiales. Las cartas de FAU incluidas en este Recorte vienen al caso como ilustración del esfuerzo permanente de la organización político-revolucionaria para manejarse frente a situaciones cambiantes. Es así que las tareas se definen y redefinen según los flujos y los reflujos de las luchas populares.

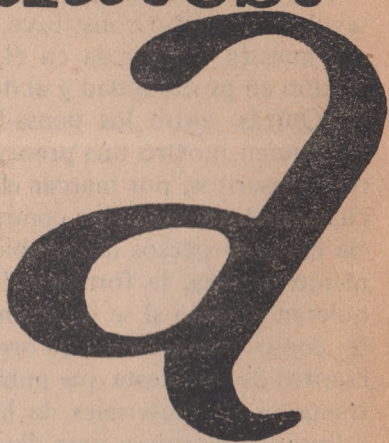
La organización específica, en la medida que realmente encarna un proyecto revolucionario innegociable, puede y debe encontrar siempre un quehacer de intención y orientación transformadora, más allá de la ocasional confluencia de circunstancias adversas. En esta coyuntura, donde precisamente se plantean esas condiciones y que en lo interno se caracteriza por la recreación de nuestra herramienta orgánica, nada mejor, entonces, que dotarnos de aquellos elementos que apunten a la reafirmación de una vocación revolucionaria ineludible.

Salud y Anarquía



BIOGRAFIA

malatesta



La vida de Malatesta se entronca con los orígenes del anarquismo italiano. En 1872 se celebra el Congreso Internacional Socialista Antiautoritario, allí Malatesta (que abrazó las ideas en 1871 año de la comuna de París) muy joven conoce a Bakunin. Las relaciones entre ambos fueron estrechas siendo en algunos casos su secretario. Participa en la Alianza (sociedad secreta internacional fundada por Bakunin).

Luego empieza a participar activamente en movimientos insurreccionales siendo preso en varias oportunidades en 1889 funda "La Associazione" con intención de fundar un partido internacional anarquista socialista y revolucionario.

En ocasión de celebrarse elecciones en Italia en 1890 publica un manifiesto recomendando la abstención.

En 1897 funda un nuevo periódico "La Agitazione" criticando distintos aspectos de la sociedad italiana (economía, leyes sociales, tendencias reformistas del movimiento obrero). Sufre embates de la censura y de la policía, exiliado en Londres sigue manteniendo contacto con Italia y participa como delegado en un Congreso Internacional Anarquista.

Malatesta funda en 1913 "Volontá" con carácter revolucionario y de laboratorio de ideas.

Aparecieron artículos sobre socialismo y parlamentarismo sindi-

calismo e insurrección y organización anarquista por esta época estalló una sublevación popular salvajemente reprimida en Ancona Italia en la que Malatesta participó activamente.

Durante la guerra exilado, mantiene una clara posición antimilitarista. En 1919 funda la "Unión Anarquista Italiana" y un nuevo diario "Humanidad nueva" sufre persecuciones y es encarcelado nuevamente en 1921 liberado vuelve al frente del periódico.

En este período en Italia el fascismo se va abriendo camino intentando hacer un cerco en torno a Malatesta a pesar de estar severamente custodiado prácticamente preso en su domicilio, mantiene su labor de resistencia y entre 1921-26 publica una revista "Pensamiento y voluntad" y manda una serie de trabajos al extranjero. Se mantiene pendiente de los sucesos de España y escribe a su amigo Fabri en 1931: "Tengo fiebre por las cosas de España me parece que la situación presenta grandes posibilidades, quisiera ir allá, me enfurece estar encadenado". Malatesta muere en 1932.

En la lucha contra el fascismo participaron activamente los anarquistas. Luego de su caída resurgen dos periódicos "Humanita Nova" y "Voluntad".

Malatesta conjugó pensamiento y acción, siendo uno de los pensadores que más insistió en la mención de una organización política anarquista e internacionalista.

Realizó paralelamente una profunda labor agitativa y periodística siendo un discípulo directo de Bakunin.



La Organización política Anarquista

SU PROGRAMA Y ASPECTOS TACTICOS PARA EL TRABAJO EN EL MEDIO OBRERO Y POPULAR

1) La organización como principio.

La Organización, que no es más que la práctica de la cooperación y de la solidaridad, es condición natural, necesaria de la vida social: es un hecho ineludible que se impone a todos, tanto en la sociedad humana en general, como en cualquier grupo de personas que desean alcanzar un fin común.

Al querer y no poder el hombre vivir aislado, diría incluso que al no poder convertirse realmente en un hombre y satisfacer sus necesidades materiales y morales fuera de la sociedad y sin la cooperación de sus semejantes, ocurre fatalmente que aquellos que no disponen de los medios, o la conciencia lo bastante desarrollada, para organizarse libremente con los que comparten intereses y sentimientos, se someten a la organización creada por otros individuos, generalmente constituidos en clase o grupo dirigente, con el fin de explotar en su beneficio el trabajo de los demás. Y la milenaria opresión de las masas por parte de un reducido grupo de privilegiados ha sido siempre consecuencia de la incapacidad de la mayor parte de individuos para ponerse de acuerdo, para organizarse, para producir con los demás trabajadores, para el disfrute y para la eventual defensa contra el que quisiera explotarlos y oprimirlos.

Hay entre los que reivindican para sí, con distintos adjetivos o sin

adjetivos, la designación de anarquistas, dos facciones: los partidarios y los adversarios de la organización...

Y, ante todo, distingamos, ya que el planteamiento conlleva un triple aspecto la organización en general como principio y condición de vida social, hoy y en la sociedad futura; la organización del partido anarquista; y la organización de las fuerzas populares y, en especial, la de las masas obreras para la resistencia al gobierno y al capitalismo...

2) La práctica política como fuerza consciente de cambio.

La anarquía es para Malatesta el objetivo práctico que los anarquistas se proponen alcanzar con las propias fuerzas, con la ayuda de cuantos están de acuerdo en todo o en parte con ellos y con la influencia por ellos ejercida sobre las masas; y el anarquismo es el complejo de los métodos y movimientos de pensamiento y de acción de-



terminados por tal voluntad de realización.

La anarquía es realizable sólo en tanto y en la medida que los hombres quieren realizarla; y la revolución será realizadora de un progreso en sentido anarquista sólo en tanto y en la medida que el anarquismo, es decir una consciente voluntad anarquista, obra en ella como fuerza de propulsión y esfuerzo de realización.

“La existencia de una voluntad capaz de producir efectos nuevos, independientes de las leyes mecánicas de la naturaleza es una presuposición necesaria para quien sostiene la necesidad de reformar la sociedad”. Para producir efectos anarquistas es necesaria por tanto una voluntad anarquista; y a formar esa voluntad tiende la propaganda, que, con la difusión de las ideas y el ejemplo de los hechos, determina convicciones y sentimientos anárquicos en un radio cada vez más vasto. Para que un consorcio humano cualquiera, pequeño o grande, pueda vivir anárquicamente, es necesaria la intervención de la voluntad organizadora de sus componentes, que establezca precisamente sobre bases de libertad todas aquellas relaciones sociales que hoy son organizadas a fuerza de autoridad. Para tal fin no es suficiente la sola destrucción de los organismos autoritarios; es preciso crear organismos nuevos, sin los cuales toda vida social sería imposible, y crearlos según las propias interpretaciones de libertad. Pero es grave error el creer que esa creación pueda seguir a la destrucción de los organismos malos sólo como consecuencia de tal destrucción y como fruto automático y espontáneo de una pretendida ley de armonía de la naturaleza. Tanto para la creación, como para la destrucción, es indispensable la intervención de la voluntad humana.

“Aun destruido el Estado y la propiedad individual, la armonía no nace espontáneamente, como si la naturaleza se ocupase del bien y del mal de los hombres, sino que es preciso que los hombres mismos la creen”.

“La armonía entre los hombres no es la obra espontánea de la naturaleza; se debe conseguir y mantener por la obra consciente y querida de los hombres; es decir, que es un hecho contingente que puede ser o no ser, según que los hombres regulen de un modo u otro sus relaciones, no es un hecho necesario (una ley) independiente de la voluntad humana.

Nosotros decimos que es preciso hacer la revolución, que queremos hacer la revolución; Malatesta observaba que, aplicando según la lógica el principio determinista a las relaciones humanas, se llega “a negar la voluntad y hacer aparecer risible todo esfuerzo por un objetivo cualquiera”, lo cual “repugna a nuestros sentimientos”. E intelect-

to y sentimientos son partes constituyentes de nuestro yo.

“No se es anarquista, no se es socialista, no se es hombre que se dispone a un fin cualquiera, sino con esa presunción, consciente o no, confesada o no, de la eficacia de la voluntad humana. Ciertamente, esa voluntad no es omnipotente, puesto que está condicionada por las leyes naturales; pero se vuelve tanto más poderosa cuanto más se penetra en el descubrimiento de dichas leyes, cuyo conocimiento, mientras parece restringir su poder, le da la posibilidad de realizar sus deseos, le da el poder real. Y como no hay un hombre solo en el mundo... la voluntad de cada uno es más o menos eficaz según que las voluntades de los otros secunden o contrasten su voluntad...” Por tanto, “es misión de las ciencias sociales (y solamente cumpliendo esa misión son verdaderas ciencias) la de descubrir, determinar cuáles son los hechos necesarios, las leyes fatales que resultan de la convivencia de los hombres en las diversas circunstancias en que pueden hallarse; e impedir así los esfuerzos vanos, y hacer que las voluntades de los diversos seres humanos, en lugar de paralizarse mutuamente, concurren todas a un objetivo común, útil a todos”.

La ciencia es útil e indispensable, en el terreno de la lucha social —según Malatesta—, “para establecer los límites donde acaba la necesidad y comienza la libertad”; pero “para que los hombres tengan la fe o al menos la esperanza de poder hacer obra útil, es preciso admitir una fuerza creadora, independiente del mundo físico y de las leyes mecánicas, y esta fuerza es la que llamamos voluntad”. Los materialistas, deterministas y mecanicistas niegan todo eso, “piensan que todo es sometido a la misma ley mecánica, que todo está predeterminado por los antecedentes físico-mecánicos.

Pero entonces, a pesar de todos los esfuerzos pseudo-lógicos de los deterministas para conciliar el sistema con la vida y con el sentimiento moral, no queda puesto, ni pequeño ni grande, ni condicionado ni incondicionado, para la voluntad y para la libertad.

En tal concepción —se preguntaba Malatesta—, ¿qué significado pueden tener las palabras voluntad, libertad, responsabilidad? Si no se puede modificar el curso predestinado de los acontecimientos humanos.

El anarquismo carecería de su función principal de propulsor del movimiento social y de la revolución; y se privaría a la lucha anarquista de la principal razón de ser, de su sentimiento de revuelta contra los opresores.

A consecuencia de esta valoración, Malatesta se oponía a toda concepción fatalista, optimista o pesimista, del devenir social. Recha-



zaba el fatalismo marxista según el cual la revolución sería consecuencia inevitable de la “miseria creciente” y de la “concentración capitalista”; o según el cual la revolución no se prepara, sino que acontece o “llega”.

No hay ley natural que obligue la evolución en un sentido progresivo en lugar del regresivo: en la naturaleza hay progresos y regresos.

En cuanto a las grandes masas, tienden en general a adaptarse al ambiente y al hecho cumplido; dejadas por tanto a su tendencia espontánea, son más bien una fuerza estática, que puede llegar a ser revolucionaria sólo en circunstancias excepcionales y según el ímpetu que reciban de la voluntad consciente de minorías activas.

“Yo creo que nuestra revolución no se puede hacer sin las masas, pero es preciso comenzar por tomar las masas tal como son”. Se ha visto a las masas aplaudir frenéticamente a los revolucionarios y dispuestas a lanzarse a la contienda con éstos, y luego, seis meses más tarde, cambiadas las circunstancias, dejarse arrastrar por una oleada reaccionaria tras los peores enemigos de la libertad, o bien sufrir pasivamente las peores prepotencias contrarrevolucionarias. “Las muchedumbres son móviles”; pero, si en un cierto momento nos abandonan, “las volveremos a encontrar cuando las circunstancias nos sean propicias”. Lo importante es que haya una voluntad revolucionaria en las minorías más capaces de reaccionar y rebelarse con el propio esfuerzo contra el ambiente. “Lo importante es formar núcleos, lo más numerosos que se pueda, de acuerdo, pero de gente consciente, segura y abnegada, que en su hora sepan mover a las mu-

chedumbres". El éxito revolucionario de esas minorías depende, además de la fuerza numérica que hayan sabido concitar, también y tal vez más de la conciencia y fuerza de voluntad de que están animadas: elementos indispensables a las minorías para levantar a su alrededor las mayorías populares.

Todo esto no significa que también las masas, tal como son, no sean susceptibles de una cierta preparación, y que ésta deba abandonarse. ¡Al contrario! sin ella, las minorías volitivas no tendrán nunca una influencia suficiente para mover a las grandes masas en las mejores ocasiones. Es preciso, por tanto, en tiempos normales, atender "al trabajo largo y paciente de preparación y organización popular" y no caer en la "ilusión de la revolución a breve plazo, factible sólo por iniciativa de pocos, sin suficiente preparación en las masas". A esa preparación, en tanto que es posible conseguirla en un ambiente adverso, tienden entre otras la propaganda, la agitación y la organización entre las masas, que no deben ser descuidadas nunca.

3) Programa orientador. Acción directa a todos los niveles.

El programa anarquista, sea en las finalidades como en la táctica general de la lucha, es para Malatesta, el programa comunista-anarquista-revolucionario, que desde hace cincuenta años fue sostenido en Italia en el seno de la Primera Internacional.

Los anarquistas combaten y trabajan para preparar una posible realización de la sociedad anarquista, y tienen, por tanto, un programa propio de organización social futura, concebida también ella de una manera realista, no en vista de un hipotético hombre perfecto que ha de venir, sino en base a las posibilidades ya existentes y con los hombres tales como son ahora, con todos sus defectos y deficiencias naturales, pero la realización anarquista se inicia desde ahora en el trabajo y en la batalla actuales.

Debemos tratar de que el pueblo, en su totalidad o en sus varias fracciones, pretenda, imponga, tome por sí todas las mejoras, todas las libertades que desea, a medida que llegue a desearlas y tenga fuerza para imponerlas; y propagando siempre enteramente nuestro programa y luchando siempre por su realización integral, debemos impulsar al pueblo a pretender e imponer cada vez más, hasta que haya alcanzado la emancipación completa.

De aquí la necesidad de la lucha económica y de la lucha política. La primera debe tender, a través de la acción directa obrera, a la ex-

propiación de los medios de producción y de todas las riquezas sociales para ponerlas a disposición de todos. La conquista de mejoras inmediatas no debe ser descuidada, pero sin perder de vista que no puede alcanzar, en el cuadro de la sociedad actual, más que hasta un cierto límite con sentido por el beneficio de los amos, más allá del cual la fuerza obrera choca con la de los patronos y por tanto con el gobierno que es su órgano político y armado de defensa. Entonces la lucha económica se vuelve política, es decir lucha contra el gobierno, acción libertaria de rebelión, porque él mismo es un órgano de privilegio y creador de privilegios. La lucha política, por tanto, según los anarquistas, mientras es el medio inmediato de defensa y de conquista en el ambiente actual de todas las libertades parciales posibles contra todo gobierno que tiende por su naturaleza a limitarlas y a



suprimirlas, debe ser dirigida a abolir completamente toda especie de gobierno, procurando desde hoy disminuir su poder lo más posible, mediante la lucha directa y la agitación de la calle, quedando fuera y contra él, fuera y contra todas sus funciones autoritarias y legislativas, sean generales o locales.

Concebida así la lucha contra el gobierno, se resuelve en último análisis en lucha física, material, armada. La insurrección armada, proletaria y popular, se vuelve, por tanto, tarde o temprano, una necesidad imprescindible para la que hay que prepararse moral y materialmente. Y el éxito de ella dependerá también de la propaganda y de la energía que los anarquistas sabrán desarrollar.

Nos queda por hablar de la organización de las masas obreras para la resistencia al gobierno y a los patronos... Los trabajadores no podrán jamás emanciparse mientras no encuentren en la unión la fuerza moral, la fuerza económica y la fuerza física necesarias para desmantelar la fuerza organizada de los opresores.

Hubo anarquistas, y los hay aún por cierto, que, aun reconociendo... la necesidad de organizarse hoy para la propaganda y la acción, se mostraron hostiles a todas las organizaciones que no tenía por objetivo directo el anarquismo y no seguían los métodos anarquistas... Les parecía a aquellos compañeros que todas las fuerzas organizadas para un objetivo, por muy radicalmente revolucionario que fuera, eran fuerzas sustraídas a la revolución. A nosotros, en cambio, nos parece, y la experiencia nos ha dado de sobras la razón, que aquel método suyo condenaría el movimiento anarquista a una perpetua esterilidad.

Para hacer propaganda hay que estar en medio de la gente, y es en las asociaciones obreras donde el obrero encuentra a sus compañeros y, en particular, aquellos que están más dispuestos a comprender y aceptar nuestras ideas. Pero, aun cuando se pudiera hacer toda la propaganda que se quisiese fuera de las asociaciones, ésta no podría sensibilizar la masa obrera. Con excepción de un número reducido de individuos, más instruidos y capaces de una reflexión abstracta y de entusiasmos teóricos, el obrero no puede llegar de golpe al anarquismo. Para convertirse en un anarquista de verdad, y no sólo de nombre, tiene que empezar a sentir la solidaridad que lo une a sus compañeros, aprender a cooperar con los demás en defensa de intereses comunes y, al luchar contra los patronos y el gobierno que mantiene a los patronos, comprender que patronos y gobiernos son parásitos inútiles y que los trabajadores podrían llevar por sí solos la empresa social. Sólo una vez que haya comprendido eso será anarquista,

incluso si no lleva el nombre.

Por otra parte, favorecer las organizaciones populares de todo tipo es consecuencia lógica de nuestras ideas fundamentales y, por eso, debería ser parte integrante de nuestro programa.

A un partido autoritario, que mira a apoderarse del poder para imponer las propias ideas, le interesa que el pueblo siga siendo una masa amorfa, incapaz de arreglárselas por sí sola y, por lo tanto, que siga siendo siempre fácil de dominar. Por consiguiente, lógicamente no debe desear más que aquel poco de organización, y del tipo que le interesa, para alcanzar el poder: organización electoral, si espera alcanzarlo por medios legales; organización militar si cuenta, en cambio, con una acción violenta.

Pero nosotros, los anarquistas, queremos emancipar al pueblo; queremos que el pueblo se emancipe. No creemos en el bien hecho desde arriba e impuesto por la fuerza; queremos que el nuevo modo de vida social surja de las vísceras del pueblo y equivalga al grado de desarrollo alcanzado por los hombres y pueda progresar a medida que los hombres progresan. A nosotros nos importa, pues, que todos los intereses y todas las opiniones encuentren en una organización consciente la posibilidad de hacerse valer y de influir sobre la vida colectiva en proporción a su importancia.

Nos hemos asignado el deber de luchar contra la presente organización social y de abatir los obstáculos que se oponen al advenimiento de una nueva sociedad en la que libertad y bienestar estén garantizados para todos. Para alcanzar este objetivo, nos unimos en partido y procuramos ser lo más numerosos y más fuertes posible. Pero si sólo estuviera organizado nuestro partido; si los trabajadores perma-

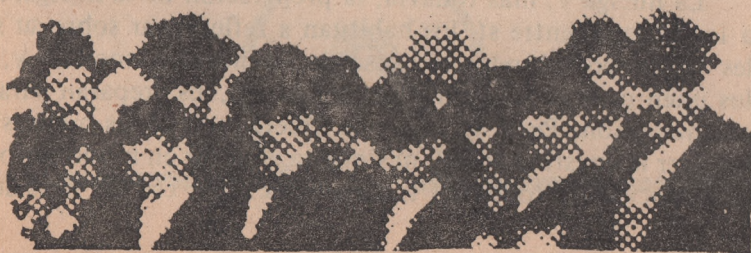


necieran aislados como tantas unidades indiferentes unas de otras y unidos sólo por una cadena común; si nosotros mismos, además de estar organizados en partido en cuanto anarquistas, no estuviéramos organizados con los trabajadores en cuanto trabajadores, no podríamos conseguir nada, o, en el mejor de los casos no podríamos imponernos... y entonces ya no habría triunfo del anarquismo sino un triunfo nuestro. Por mucho que nos llamáramos anarquistas, en realidad, no seríamos más que simples gobernantes y seríamos impotentes para el bien como lo son todos los gobernantes...

Ahora bien, es cierto que la anarquía no puede ser el efecto de un milagro y no puede acontecer en contradicción con la ley general, axiomática, de la evolución, que nada ocurre sin causa suficiente, que nada se puede hacer sin tener la fuerza para hacerlo...

No se trata, por tanto, de hacer la anarquía hoy, o mañana, o dentro de diez siglos, sino de avanzar hacia la anarquía hoy mañana, siempre.

“...Todo golpe dado a las instituciones de la propiedad y del gobierno, toda elevación de la conciencia popular, toda igualación de condiciones, toda mentira desenmascarada, toda parte de la actividad humana sustraída al control de la autoridad, todo aumento del espíritu de solidaridad y de iniciativa es un paso hacia la anarquía... Todo debilitamiento de la autoridad, todo aumento de libertad será un progreso hacia la anarquía, siempre que sea conquistado y no mendigado, siempre que sirva para darnos mayor aliento en la lucha”... Es decir, a condición de “no confundir los progresos verdaderos con las hipócritas reformas que, con el pretexto de los mejoramientos inmediatos, tienden a distraer al pueblo de la lucha contra la autoridad y contra el capitalismo, a paralizar su acción y a hacerles esperar que se puede obtener algo de la bondad de los amos y de los gobiernos”... A condición “siempre de que nos recordemos bien que la disminución de los males producidos por el gobierno consiste en la disminución de sus atribuciones y de su fuerza, y no ya en aumentar el número de los gobernantes y en hacerlos elegir por los propios gobernados”.



4) Algunos elementos para la tarea En el medio obrero y popular.

Malatesta propició la práctica asociativa de la “acción directa”, de la “huelga general” y de la solidaridad de clase por sobre toda división ideológica y de partido.

Y continuó siempre incitando a los compañeros a permanecer en medio de la clase trabajadora, para “impulsar a los obreros a atender por sí mismos a sus intereses, alejándolos de la política y convenciéndoles de que no pueden emanciparse más que con la expropiación y la abolición del poder político... Nosotros no nos contentamos con el disfrute aristocrático que da el conocer o creer que se conoce la verdad. Queremos la revolución hecha por el pueblo y para el pueblo...” y por tanto, “dentro de lo que hoy es posible, queremos conquistar las masas para nuestras ideas, y por eso debemos permanecer siempre entre las masas, luchar y sufrir con ellas y por ellas... entrar en las asociaciones obreras y crear éstas donde no las haya... Organizarnos en nuestros grupos para coordinar nuestras fuerzas y entendernos para hacer más eficaces nuestros esfuerzos... Pero fuera de nuestros grupos tratar de penetrar en todas partes y servirnos de todos los medios para organizar las masas, educarlas en la revuelta... y en la resistencia contra el capital y el gobierno... Creemos que el acuerdo, la asociación, la organización son la ley de la vida y el secreto de la fuerza, hoy como después de la revolución.

Vayamos al pueblo, éste es el único camino de salvación... Entremos en todas las asociaciones de trabajadores, fundemos las más que podamos, suscitemos federaciones cada vez más vastas, sostengamos y organicemos huelgas, propaguemos en todas partes y con todos los medios el espíritu de resistencia y de lucha... Como anarquistas debemos organizarnos entre nosotros, entre gente perfectamente convencida y concorde; y en torno a nosotros debemos organizar, en asociaciones amplias, abiertas, a la mayor cantidad posible de trabajadores, aceptándoles como son y esforzándonos por hacerles progresar lo más que se pueda. Como trabajadores, debemos estar siempre y en todas partes con nuestros compañeros de trabajo y de miseria.”

La huelga y, más todavía, la preparación de la huelga, hermanan a los obreros entre sí, los habitúan a reflexionar sobre su situación, les hacen comprender la causa de las miserias sociales y, mientras los unen para el mejoramiento inmediato, los preparan para la futura emancipación. Pero no hay que creer que con las huelgas se puede resolver la cuestión social, ni siquiera mejorar en modo serio y estable la condición de todos los trabajadores... Por eso las ligas de resisten-

cia, al combatir la batalla cotidiana de la resistencia obrera, deben tender a algo más alto y más general: la transformación del sistema de propiedad y de producción.

No pretendemos imponer nuestro programa a las masas todavía no convencidas, y menos aún queremos darnos una apariencia de fuerza haciendo votar por los obreros, mediante sorpresas y maniobras más o menos hábiles, declaraciones de principios que los obreros no aceptan todavía... Nos basta que los obreros aprendan a obrar por sí mismos, que reconozcan el antagonismo que hay entre ellos y los patronos, y que busquen en la unión y en la resistencia bajo todas las formas, el medio de salir del estado de degradación y de miseria en que se encuentran. El socialismo y la anarquía conscientes irán a la par, a medida que el conflicto se ensancha y se profundiza y que se va haciendo evidente para todos la necesidad de remedios radicales y orgánicos.

Algún amigo nuestro hallará que estos (sabotaje, boicot, etc., aprobados por el congreso de Toulouse) son medios pequeños... ¡Cuestión de retórica de que no estamos enteramente desembarazados! Hemos crecido, como individuos y como partido, bajo la influencia de la admiración y del deseo de las formas clásicas tradicionales de la revolución: barricadas, bandas armadas, fusiles, etc., etc. Y somos de opinión que esas formas son óptimas, cuando no tienen el inconveniente de no poder ser puestas en práctica y de permanecer más o menos un deseo. Decimos más: esta educación nuestra y este nuestro deseo, serán muy útiles el día de la crisis resolutive, y sería error y culpa dejarlas caer en descrédito y en olvido. Pero pensamos también que al menospreciar los pequeños medios, cuando no se pueden emplear los grandes, y permaneciendo en la inercia con la excusa de querer hacer sólo grandes cosas, se acaba por volverse impotentes e incapaces de hacer lo mucho y lo poco.

Y vayan las cosas como quiera que sea, continuar siempre luchando, sin un instante de interrupción, contra los propietarios y contra los gobernantes, teniendo siempre por delante la emancipación completa, económica, política y moral.



c A rt A f A u

ALGUNOS CRITERIOS PARA EL TRABAJO A NIVEL DE MASAS

El proceso de las luchas en nuestro país va dejando en claro un conjunto amplio y complejo de experiencias. Analizarlas para extraer de ellas pautas de acción claras y precisas, resulta fundamental. Emprendemos este análisis encarando algunos problemas que se deducen de la actividad sindical, aspecto de la mayor importancia dentro del conjunto de tareas que hoy tenemos por delante.

Lo que la experiencia viene demostrando es que los métodos "legales", tradicionales, que aparecían antes como útiles para lograr conquistas en los salarios, no bastan ahora para quebrar la política de congelación. Lo que se constata, a escala internacional, es la inoportunidad de la vía electoral como forma de acceder al poder, lo negativo del engañoso parlamentarismo, la vulnerabilidad de las vastas organizaciones y aparatos públicos, la relativa ineficacia de los medios tradicionales de propaganda disponibles. ¿Reconocer todo eso supone renunciar a la acción con las masas? ¿supone la necesidad de aislarse de ellas? ¿de abandonar la tarea de organizarlas, de estimularlas en su movilización, de contribuir a esclarecerlas? Por supuesto que no. Y en estos momentos resultan particularmente pertinentes algunas puntualizaciones sobre las modalidades del trabajo sindical en relación con estos problemas.

Actuar sindicalmente, con una perspectiva revolucionaria, con sentido revolucionario, fundidos en las masas, sin deponer el cometido reivindicativo de la acción gremial plantea dificultades, sugiere problemas.

La función esencial de los sindicatos, lo que legitima su existencia como organización de masa es su función de lucha reivindicativa. Hay que evitar el error de intentar convertirlos en especies de partidos po-

líticos con definiciones totales sobre los más diversos problemas.

Es necesario tener criterios claros respecto de cuáles son los objetivos en torno a los cuales centrar las luchas. Reivindicaciones no faltan por cierto, en todos los gremios. El problema consiste en elegir cuál o cuáles de ellas es preferible agitar primero para lanzarlas después como motivo de movilización.

Las organizaciones gremiales son, por definición organismos de masas. No tendría sentido, dentro de una perspectiva correcta, intentar convertirlas en mecanismos para enchalecar y manejar verticalmente a las masas. El aparato sindical debe ser un cauce y no un brete. Las formas organizativas que se adopten deben garantizar el contacto más amplio, rápido y directo entre las bases y los órganos representativos de dirección.

El lanzamiento de una movilización, la pertinencia de un repliegue, se establecen a través de un análisis concreto de condiciones y posibilidades.

En primer término, la situación del gremio: nivel de organización y de conciencia, experiencia de lucha, disponibilidad de cuadros, etc.

En segundo término, la situación del conjunto del movimiento popular: posibilidades de solidaridad y de influencia sobre otros sectores, orientaciones predominantes en direcciones y aparatos, etc.

En tercer término las peculiaridades del momento: ascenso o reflujo momentáneo de las luchas, situación y medios del enemigo en la coyuntura. Con un análisis de este tipo y en contacto estrecho con las masas se pueden afrontar, con eficacia, las más difíciles circunstancias.

En esta perspectiva, evitar el aislamiento (de los militantes más combativos, dentro del gremio; del gremio dentro del conjunto del movimiento popular) se torna uno de los aspectos fundamentales.

Pero, para ello, se requiere una coordinación, estable y funcional, amplia y sin sectarismos, de todos los que están verdaderamente dispuestos a luchar.

La experiencia de los últimos años ha demostrado, hasta el cansancio, que un gremio aislado, aun si es fuerte, tropieza con grandes dificultades para triunfar, en el marco de la situación actual. La necesidad de coordinar las luchas se hace evidente.

Sin embargo esa coordinación no se realiza o se realiza muy imperfectamente.

Los diferentes niveles de ingresos, el diferente trato, digamos así, que el sistema dispensó a los distintos gremios, estimuló el planteo



Manifestación estudiantil contra los ataques de la policía. Montevideo, abril de 1913.

de reivindicaciones también diferentes. Las luchas surgieron en momentos distintos y, lo que es más importante, por diferentes motivos. Se tramitaron los conflictos por vías diversas, ante instituciones o patronales diferentes.

Esto, en sí mismo, no constituye ninguna característica, particularmente novedosa.

Sería equivocado, sin embargo, considerar como natural, como permanente e incambiable esta manera de encarar las luchas sindicales. Esta sólo es viable en ciclos de expansión económica, cuando no es demasiado difícil obtener concesiones de una burguesía próspera. Cuando la coyuntura cambia de signo, es necesario proceder de distinta manera. Es necesaria una estrategia más compleja y por lo tanto se exige mayor madurez, inventiva y flexibilidad en la militancia sindical. También más dureza y combatividad, condiciones estas que no

son incompatibles, como algunos plantean, con las anteriores.

En nuestro país, el régimen de Consejos de Salarios sancionó y favoreció el particularismo gremial. Cada sector luchó porque se reuniera el Consejo de su grupo, luego presionó sobre la patronal y el gobierno para que se accediera a sus reclamos sectoriales. Se negociaba o se combatía a ritmos diferentes, por distintas reivindicaciones.

La práctica habitual y espontánea hizo que esta dispersión y el aislacionismo de hecho, se convirtieran en lo más común, en lo tradicional.

Ha pasado muchas veces que se están haciendo paros, movilizaciones y aun huelgas, simultáneamente, sin que exista entre ellas ninguna coordinación real. Esta situación se ha dado, inclusive, entre filiales de una misma central. Se ha dado una coordinación institucional, pero ha subsistido una descoordinación operacional, práctica.

El planteo de luchas aisladas se vincula a la forma más o menos espontánea que se han venido produciendo.

Se vuelve decisivo canalizar adecuadamente el impulso espontáneo para que, desarrollándose y organizándose, alcance los resultados más eficaces. Para ello, para estar en condiciones de golpear en el momento más oportuno, concentrando la mayor cantidad de fuerzas, es necesario prever, y esto supone organizarse, superando la etapa espontaneísta. Supone un plan de lucha que establezca objetivos, criterios de trabajo y medidas conjuntas escalonadas, a partir de una valoración global de la situación. Supone una dirección que encabece y dirija efectivamente. Que sea capaz de determinar los hechos en lugar de correr tras ellos una vez que se han producido.

Al respecto es necesario tener bien claras algunas cosas.

1) No basta que haya una corriente de opinión favorable en un gremio. Es necesario implementarla organizativamente. Es imprescindible crear, en cada gremio en que haya posibilidades, agrupaciones que unan a todos los que estén dispuestos a sostener una clara línea combativa y de lucha.

Por agrupaciones entendemos organismos estables, estructurados internamente, con medios propios para actuar, que desarrollen una acción permanente.

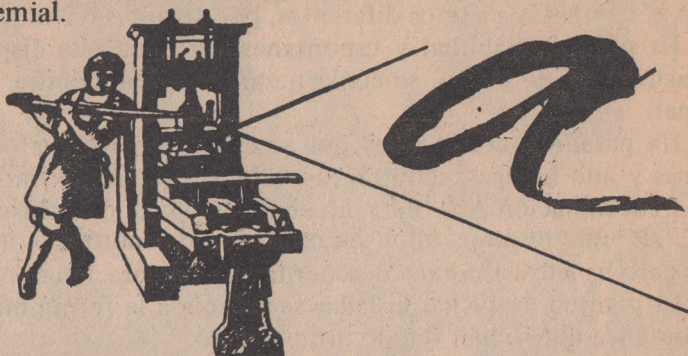
2) En las agrupaciones hay que proceder con amplitud, sin sectarismos, pero sobre la base de posiciones claras y precisas.

Evitar el sectarismo que aísla.

La actitud sectaria se origina, habitualmente en el erróneo planteo que intenta atribuir a los grupos de tendencia dentro de los gremios, cometidos propios de organizaciones específicamente políticas. En virtud de este error se trata de proveer a esos grupos de definicio-

nes abarcativas y exhaustivas sobre los más diversos problemas.

La propensión a incurrir en estos errores se observa, de preferencia, entre personas independientes que, por carecer de posibilidades para canalizar adecuadamente sus inquietudes políticas dentro de organizaciones específicas, tratan de hacerlo partidizando los grupos de acción gremial.



La organización es un medio, un instrumento para desarrollar la lucha por determinados objetivos. Crece en la medida en que cumple esos fines, en la medida en que resulta funcional para ello. Es, por lo tanto, equivocado el criterio que hace del crecimiento organizativo una finalidad en sí.

Esto hay que tenerlo bien en cuenta. Suele suceder que compañeros preocupados por aplicar un criterio organizativo, promueven la creación de agrupaciones sin prever este aspecto decisivo. Sin objetivos claros, la organización carece de funcionalidad, el objetivo de su propia existencia se desdibuja, se pierde contacto con la masa, que sólo da su apoyo a quienes promueven acciones concretas por objetivos concretos.

A veces se hacen reuniones, se crea una agrupación, se la instrumenta organizativamente, se trabaja en torno a alguna meta precisa (participar en una elección, actuar en una movilización) pero superada esa instancia no se sabe qué hacer. Las reuniones languidecen y derivan a interminables discusiones generales. El grupo se queda sin objetivos, sin "tener cosas para hacer". Si una situación de este tipo perdura, conduce inevitablemente a la impotencia y al fracaso. No importa lo numeroso y bien organizado que haya llegado a ser un grupo. No importan las posiciones que ocupe dentro de su gremio. Si no tiene objetivos, si no lucha activamente por ellos fracasará sin remedio.

También es cierto lo contrario. Cualquier grupo, por pequeño que sea, si elige adecuadamente sus objetivos, si promueve con activi-

dad y entusiasmo la lucha por ellos, crecerá. Quienes quieren luchar (y en la situación actual son cada vez más los que quieren) se dirigirán allí, reconocerán en los compañeros que lo integran a sus verdaderos y reales dirigentes, aunque de pronto no ocupen ningún cargo de dirección en el gremio. Y esa es la función de dirección que interesa.

Pero cuando hablamos de objetivos, ¿a qué nos referimos? En esta etapa y al nivel en que se desarrolla actualmente la lucha los objetivos de una agrupación serán, habitualmente, reivindicaciones de tipo gremial.

Ya hemos planteado que las reivindicaciones a tomar se definen por el grado de urgencia con que son reclamadas por la masa del gremio. En esta materia no caben "ocurrencias". Sólo prenden las reivindicaciones que son realmente sentidas por la gente.

En la medida en que una agrupación de ese tipo traduce un nivel de definición mayor que el de la organización gremial (que es para todos) debe tener, incluso para el planteamiento reivindicativo, un enfoque propio. Su función es la de Vanguardizar la lucha en el marco del gremio y por lo tanto, en su planteo propio como grupo, debe ir más allá que el planteo más circunscripto de la organización gremial.

Toda reivindicación concreta es manifestación parcial localizada, de problemas más generales. En materia de reivindicaciones salariales, por ejemplo, es un hecho que todas ellas chocan con una política general del gobierno. Señalar ese hecho, utilizando la lucha reivindicativa para esclarecer, a nivel de masas, los motivos y características de esa política, es tarea que a veces no puede realizarse por vía gremial. En esos casos debe hacerlo la agrupación como tal.

En definitiva, se trata de no perder de vista estas tres cosas:

1) Lo que define a la agrupación como una tendencia son posiciones y planteos políticos que la diferencia claramente dentro del conjunto del gremio y le dan su perfil propio.

2) Ese nivel de definición, en las agrupaciones, debe ser en la actualidad, lo suficientemente amplio como para no identificarse totalmente con grupos específicamente políticos, "partidistas" digamos.

3) Tener cierta definición política no implica desentenderse de los problemas reivindicativos. Es necesario tener siempre objetivos concretos para el trabajo del grupo. Y estos objetivos, en lo posible, deben comprender las reivindicaciones que es necesario promover dentro de la organización gremial.

c A r t A f A u

la estrategia es una , la táctica varía en períodos de reflujo .

El proceso de la lucha ha servido para poner en evidencia ciertas carencias y debilidades del movimiento popular. Es útil, a esta altura, empezar a balancear esas debilidades para extraer conclusiones de futuro.

Si algo ha quedado claro ya, es la crisis de la concepción más o menos espontaneísta que ha venido animando las acciones de amplios sectores del movimiento estudiantil y sindical. Para el espontaneísmo del militante independiente aislado, o aun de una agrupación de tipo exclusivamente gremial, la movilización del sindicato o del centro estudiantil respectivo, marca los límites de su perspectiva y de sus posibilidades. Cuando aquella movilización está en un proceso ascendente, cuando se va pasando a etapas cada vez más elevadas de combatividad, aquellas perspectivas y posibilidades parecen dilatarse. Pero si la lucha se prolonga, si la represión se intensifica, la marea ascendente de la movilización comienza a tropezar con obstáculos sólo superables a través de medidas cada vez más radicales, cuyo repertorio en determinado momento se agota. Entonces aparece como sugerida por la propia dinámica de los hechos la necesidad de la insurrección, de "hacer la revolución". Si las condiciones para ésta no están dadas entonces sobreviene la perplejidad que suele ser la primera etapa del desaliento.

El "independiente" individual, el grupo aislado en su centro o su sindicato empieza a palpar entonces. a veces dolorosamente, los lími-

tes concretos, insalvables, de sus posibilidades. En ese momento, cuando flaquea la movilización, que los grupos independientes ven amenazado de diluirse el sentido de su acción.

El retroceso de los sectores menos conscientes los arrastra. Su desarrollo, su papel protagónico, que correspondía a la etapa ascendente, dejan paso a una súbita debilidad. Cuando se produce el reflujo hasta su propia existencia se ve comprometida. En la lucha con las tendencias reformistas, dentro de los aparatos gremiales, carecen de posibilidades ya que aquellas reciben el refuerzo de los sectores proclives al retroceso.

Al plantearse situaciones con estas características, suele darse la variante que tiende a convertir los grupos hasta entonces circunscritos a la esfera de acción gremial en "micropartidos" que pretenden abarcar un planteo general y definirse sobre las más diversas materias. Es un intento, condenado de antemano al fracaso, de superar las limitaciones inherentes a su ubicación, de proveerse de una línea que legitime la continuidad de un trabajo dejado "en seco" por el reflujo de la lucha.

Sólo una organización específicamente política puede cumplir el papel de sostener y orientar el combate a largo plazo. Combate que exige trabajar con características que posibiliten la supervivencia y el crecimiento en condiciones difíciles. Que exige coordinar acciones en sectores muy diversos, en terrenos distintos, con métodos distintos, en condiciones de complejidad creciente.

Sólo con una organización de este tipo, se puede concretar una verdadera acumulación de fuerzas que dé verdadero sentido político a las luchas.

Cuando, como en la etapa actual, lo que se plantea no es disputarle el poder, con carácter inmediato, a las clases dominantes sino ir habilitando las condiciones para ello, el cumplimiento de aquél objetivo se torna esencial. La línea de combatividad, de impulsar la lucha, perdería buena parte de su validez política, si de aquella lucha no se dedujera un saldo de organización consolidada, de experiencia militante acumulada, de nuevos compañeros incorporados con regularidad a las tareas.

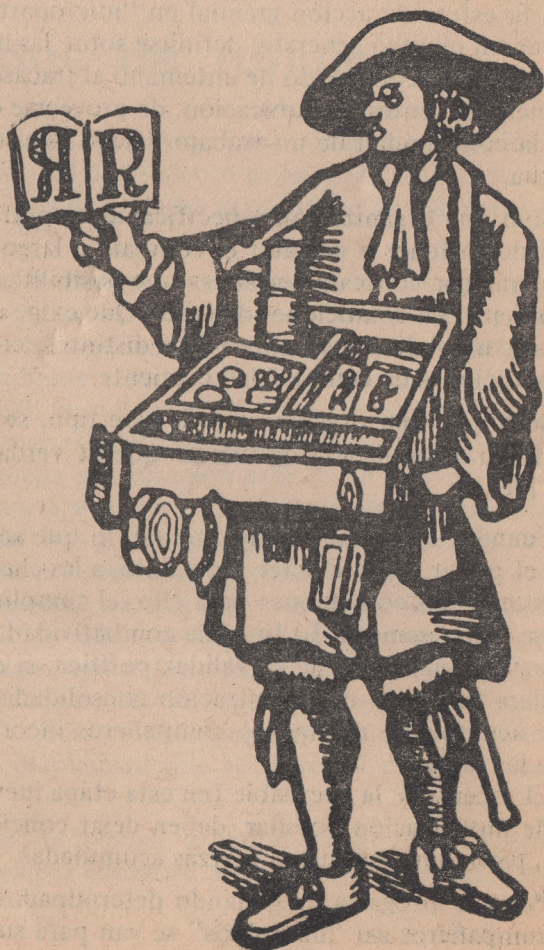
El ascenso y la previsible (en esta etapa inevitable) baja de la marea de movilización popular, deben dejar conciencia y claridad políticas, pero también nuevas fuerzas acumuladas.

Poco se progresa pregonando determinados métodos de lucha si los compañeros así "instruidos" se van para sus casas cuando el im-

pulso espontáneo del movimiento popular comienza a desvanecerse.

Lo que se necesita es una actividad sostenida y eficaz. Ya no basta con la actividad esporádica, con el "turismo militante", que no deja de ser tal por más que practicándolo se corran riesgos o se lleven a cabo acciones muy combativas. Para llegar a enfrentamientos decisivos se necesitan algo más que impulsos "estacionales". Se requiere un trabajo intenso y constante, que presupone superar hábitos muy arraigados en muchos ambientes.

Una estrategia de lucha prolongada, exige una práctica política a la medida de los objetivos que se plantea y de los métodos que se propone.



Coord.
pro

fAu

